

# **FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO**

**Edición especial**

**Serie: Grandes biografías**

**Número 7**

## **San Francisco de Asís**

**(1182-1226)**

**Por Gabriel Burgos Suárez**

San Francisco de Asís

Folleto teosófico colombiano-Serie: Grandes biografías-#7



**SAN FRANCISCO DE ASIS**

**1182 - 1226**

## SAN FRANCISCO DE ASÍS

Conferencia de Gabriel Burgos Suárez

Francisco Bernardone nació en Asís el 26 septiembre de 1182. Era hijo de un rico comerciante de paños llamado Pietro Bernadone y de Pica de Provenza. Pietro era muy respetado por su honradez y buenas costumbres, y quería que su hijo siguiera con el tradicional negocio, pero Francisco tenía un propósito distinto para su vida: quería vivir en la pobreza, vivir entre los pobres, y aliviarlos y socorrerlos en sus múltiples penalidades. Ante la decisión de Francisco, que contrariaba las esperanzas de Pietro, éste lo deshereda y lo echa de su casa exigiéndole que no se lleve nada porque nada es suyo. Se va desnudo, cubierto solamente con un sayo.

Antes su vida ha sido despreocupada: no tenía reparos en hacer gastos cuando andaba en compañía de sus amigos, en sus correrías periódicas, ni en dar pródigas limosnas; como cualquier hijo de un potentado tenía ambiciones de ser exitoso.

En sus años juveniles la ciudad ya estaba envuelta en conflictos para reclamar su autonomía del Sacro Imperio Romano Germánico. En 1197 lograron quitarse la autoridad germánica, pero desde 1201 se enfrascaron en otra guerra contra Perusa (Perugia), apoyada por los nobles desterrados de Asís. En la batalla de Ponte San Giovanni, en noviembre de 1202, Francisco fue hecho prisionero y estuvo cautivo por lo menos un año.

Desde 1198 el pontificado se hallaba en conflicto con el Imperio, y Francisco formó parte del ejército papal bajo las órdenes de Gualterio de Brienne contra los germanos.

Francisco nace y vive en una época muy convulsionada de Cruzadas, guerras religiosas por el poder y por territorios, luchas por los Estados Pontificios en medio de fanatismo, autoridad despótica y fe ciega.

Veamos qué acontecía en la sociedad del siglo XII cuando se producían grandes cambios:

El comienzo de las Cruzadas y el incremento demográfico, entre otros motivos, influyeron en el aumento del comercio y el desarrollo de las ciudades. La economía seguía teniendo su base fundamental en el campo dominado por el modo de producción feudal, pero los excedentes de su producción se canalizaban con mayor dinamismo que en la Alta Edad Media. Aunque todavía no se estaba produciendo una clara transición del feudalismo al capitalismo, y los estamentos privilegiados (nobleza y clero) seguían siendo los dominantes, como lo fueron hasta la Edad Contemporánea, los burgueses (artesanos, mercaderes, profesionales liberales y hombres de negocios) comenzaban a tener posibilidades de ascenso social, y el comercio y la banca crecían dominados por el constante afán de lucro.

La Iglesia católica, protagonista de ese tiempo, también se vio influida por la nueva riqueza: no eran pocas las críticas a algunos de sus ministros que se preocupaban más por el crecimiento patrimonial y sus relaciones políticas de conveniencia.

Debido a ello, diversos movimientos religiosos surgieron en rechazo a la creciente opulencia de la jerarquía eclesiástica en esa época, o se dedicaron a vivir más de acuerdo con los postulados de una vida pobre y evangélica. Algunos de ellos medraron

afuera de la institución y vivieron a su manera; tales movimientos fueron condenados hasta el punto de considerarlos herejes, como el caso de los cátaros que predicaban entre otras cosas el rechazo al mundo material, a los sacramentos y a las imágenes.

Entre 1201 y 1202 Francisco participó en la guerra contra Perusa, fue hecho prisionero y llevado a esa ciudad, regresando a Asís en 1203. En 1205 se hizo caballero a las órdenes de Gualterio de Brienne. En 1205 partió a Pulla como soldado, deteniéndose en Espoleto, donde tuvo una revelación religiosa que le hizo cambiar su visión de la vida. En 1206 renunció a los bienes materiales para vivir en la pobreza.

Esa revelación religiosa, cambia completamente a Francisco. Su vida es tan santa, que inspira a cuantos lo conocen a entregarse a una vida santa. Ama a Cristo por sobre todas las cosas, busca imitarlo, y recomienda a sus seguidores que lo amen también en igual forma, a tal punto que algunos santos fueron sus compañeros.

Su vida está entregada a la pobreza, la cual es característica de su comunidad Franciscana. Vivió en absoluta pobreza, dejando hasta el calzado. Su vida está llena de milagros, de hechos prodigiosos, de conversiones, de apariciones, de ayunos, de éxtasis.

Es Apóstol y fundador de tres Ordenes: 1) La Orden Franciscana de los Frailes Menores, 2) La Orden de las Hermanas Clarisas, y 3) La Orden Tercera seglar de Penitencia.

Para su apostolado, Francisco elige 12 compañeros a imitación de Cristo. Uno de ellos, Fray Juan de la Capilla, apostató. Los demás fueron hombres santos

Bernardo de Asís, hombre rico, noble, sabio, mundano, lo llevó en una ocasión a su casa y lo vio en oración toda la noche. Cuenta que Francisco, después de la misa, abrió el misal tres veces, encontrando siempre la invitación **«véndelo todo... no lles nada para el camino... toma tu cruz y sígueme»**, invitación que aceptó y cumplió toda su vida. San Bernardo fue el primero que dejó el mundo para seguirlo.

Francisco tuvo una Revelación Divina: debía Extender la Orden por todas partes. Para cumplirla enviaba frailes de dos en dos llevando su mensaje de amor y de pobreza. Envió frailes a predicar a Francia, Alemania, Hungría, España e Inglaterra.

A los 18 años, una joven llamada Clara, dejó su casa para seguir sus enseñanzas. Francisco formó una Orden separada para mujeres conocida como las monjas Franciscanas o las Pobres Clarisas.

Veinte años después de su muerte su Orden había crecido tanto que se habían construido 9,000 casas religiosas. En una época los Frailes Franciscanos llegaron a ser más de 100.000. Años más tarde, por diferencias acerca de las reglas hubo divisiones en la Orden y disminuyó el número de Frailes.

Se nos cuenta que tuvo visita de Ángeles en forma humana de los cuales recibió mensajes inspiradores. Era un gran orador, llegando así a lo más profundo del corazón de los fieles que asistían a los servicios religiosos, a tal punto que muchos lo dejan todo y lo siguen. Tenía una linda voz que encantaba a quienes lo escuchaban.

En la Edad Media el demonio tentador estaba por todas partes, pues en las prédicas poco se hablaba del amor de Dios hacia todas sus criaturas; en cambio se hacía énfasis en la condenación por los pecados a causa de las tentaciones de Satanás y sus huestes.

Francisco y otros frailes tuvieron tentaciones. En sus meditaciones, Francisco comprendió que lo importante es la actitud de infinito amor y confianza en Cristo, transmitiendo esa idea en sus sermones.

El ayuno era una práctica que Francisco consideraba muy importante para la vida espiritual. En una ocasión se fue al bosque y ayunó durante 40 días. Llevó por toda comida dos panecillos, y regreso con uno. Dijo que lo que comió fue suficiente.

Durante el ayuno, pidió dos gracias:

- a) ‘Que sienta en mi alma y en mi cuerpo, en cuanto sea posible, los dolores de tu amarguísima pasión’.
- b) ‘Que sienta en mi corazón, en cuanto sea posible, el amor que tu sentiste, Hijo de Dios, sosteniendo de buen grado la pasión por nosotros los pecadores’.

Lograba una gran elevación espiritual, llegando al éxtasis. Predicaba ‘La perfecta alegría’, que consistía en soportar las penas por amor a Cristo.

Estando un día en la Iglesia de San Pedro en Roma tuvo la aparición de San Pedro y San Pablo, quienes le concedieron el don de ‘la Santa Pobreza’ que tanto deseaba. En numerosas ocasiones se le aparece Cristo, recibiendo en una de ellas Su bendición.

Sanaba a los enfermos y les daba todo su amor. Convirtió a malhechores, algunos de los cuales, ya transformados, ingresaron a su Orden, y también a muchos que se le acercaron.

Uno de los frailes de la Orden, fray León, tuvo un sueño: ve frailes cargados de cosas que se ahogan en el río, y otros sin carga que pasan indemnes. San Francisco les dice que estos eran los que seguían la santa pobreza, que viajaban sin carga alguna.

Su sabiduría y santidad, fueron reconocidas por sus contemporáneos desde los primeros tiempos de su vida monástica. Sus prodigios fueron muchísimos, pero lo más admirable fue su entrega a Cristo y a sus pobres.

Llamaba hermanos y hermanas a todas las criaturas. Se dice que Francisco era tan bondadoso con los animales que los conejos salvajes corrían hacia él por protección. En una ocasión predica a los pájaros, que lo escuchan en completa quietud y silencio. En otra le regalan un pájaro y lo suelta, pero no se va; él le habla, y luego le pide que se retire, lo cual el pájaro hace obedientemente. Predica a los peces, sucediendo algo similar.

Su sabiduría y santidad, fueron reconocidas por sus contemporáneos desde los primeros tiempos de su vida monástica. Sus prodigios fueron muchísimos, pero lo más admirable fue su entrega a Cristo y a sus pobres. El punto culminante de su transformación se dio cuando convivió con los leprosos, a quienes tiempo antes le parecía *extremadamente amargo* mirar.

Para algunos es la figura cumbre de la Edad Media

La famosa oración de San Francisco de Asís es un ejemplo de entrega impersonal a las necesidades de los seres humanos que nos movemos ciegos en medio de tanta confusión, para llevar luz que muestre y enderece el sendero que debemos seguir. En lugar de pedir mercedes y dádivas para sí mismo como acostumbran los que oran, que,

aunque benéfica, es en gran medida egoísta, San Francisco pide al Señor que haga de él un instrumento de Su obra para servir a cada uno y a todos los seres atribulados del mundo.

### ORACIÓN DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Señor, haz de mí un instrumento de tu paz.  
Que donde haya odio, ponga yo amor;  
que donde haya ofensa, ponga yo perdón;  
que donde haya discordia, ponga yo armonía;  
que donde haya error, ponga yo verdad;  
que donde haya duda, ponga yo fe;  
que donde haya desesperación, ponga yo esperanza;  
que donde haya tinieblas, ponga yo luz;  
que donde haya tristeza, ponga yo alegría.

Oh Maestro, que no me empeñe tanto en ser consolado, como en consolar;  
en ser comprendido, como en comprender;  
en ser amado, como en amar;  
pues dando se recibe,  
olvidando se encuentra,  
perdonando se es perdonado,  
muriendo se resucita a la vida eterna.

San Francisco es el primer caso conocido en la historia de estigmatizaciones visibles y externas. Fue canonizado por la Iglesia católica en 1228, y su festividad se celebra el 4 de octubre. En italiano es conocido también como *il poverello d'Assisi*, es decir, "el pobrecillo de Asís".

No se sabe con certeza cuántas iglesias en ruinas o deterioradas reconstruyó; entre ellas, a la que más estima tenía era la capilla de la Porciúncula ("la partecita", llamada así porque estaba junto a una construcción mayor). Allí fue donde recibió la revelación definitiva de su misión, probablemente el 24 de febrero de 1208, cuando escuchó estas palabras del Evangelio: «*No lleven monedero, ni bolsón, ni sandalias, ni se detengan a visitar a conocidos...*» (Lc., 10). Así, cambió su afán de reconstruir las iglesias por la vida austera y la prédica del Evangelio. Después de someterse a las burlas de quienes lo veían vestido casi de trapos, ahora su mensaje era escuchado con atención, y al contrario

de otros grupos reformadores de la época, el suyo no era un mensaje de descalificaciones ni anatemas.

De acuerdo con su último deseo, fue encaminado a la Porciúncula, donde se estableció en una cabaña cercana a la capilla. Murió el 3 de octubre de 1226 a la edad de 44. Al día siguiente, el cortejo fúnebre se encaminó hacia San Damiano y después a San Giorgio, donde fue sepultado. Fue canonizado el 16 de julio de 1228. Sus restos se encuentran en la Basílica de San Francisco en Asís.

### LAS FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO

La mayor parte de su material proviene de fuentes orales sobre el santo y su entorno, que fueron reunidas por un fraile de las Marcas, Ugolino Brunforte, ayudado por otros.

‘Las Florecillas’ son una muestra de la admiración de las gentes sencillas de cuantos sitios recorrió, y siguen siendo, por tradición en esos sitios, la verdadera obra del ‘pobrecillo de Asís’.

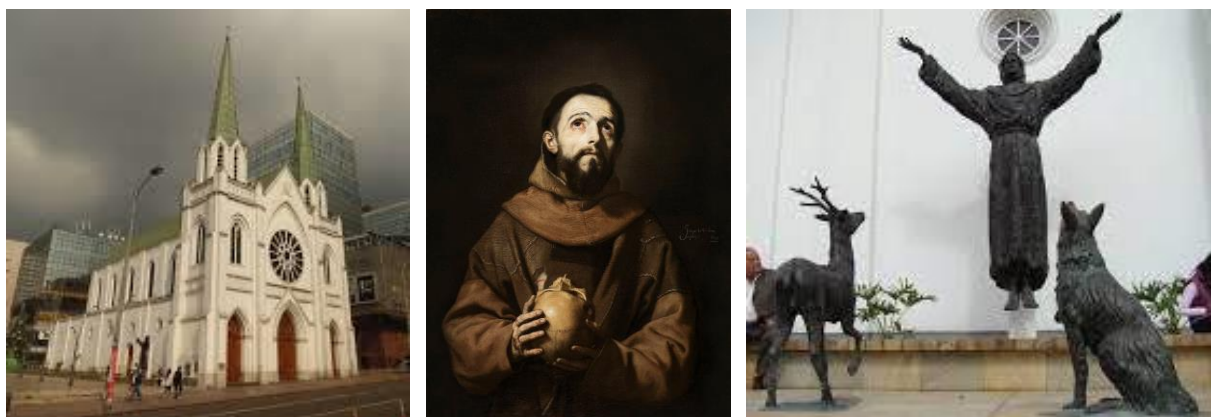
Siendo un hombre de extrema simplicidad y pobreza, Francisco no dejó largos discursos o extensos tratados. Además, no le gustaba el reconocimiento. Afortunadamente, varios de sus discípulos recopilaron una serie de sus cartas, así como una plétora de historias de la vida diaria del santo. Esta compilación llegó a ser conocida como *Las Florecillas de San Francisco*.

De todos los libros sugeridos hasta ahora, éste es el más fácil de leer. Organizado en una colección de 53 cortos capítulos, cada uno de los cuales transmite un diferente cuento o carta de San Francisco. Cada capítulo es intrigante dando una visión más íntima de la vida diaria de uno de los personajes más amados de la historia.

### **San Francisco y el lobo de Gubbio**

Una de las historias más famosas narra el encuentro entre San Francisco y un lobo hambriento que aterrorizaba la ciudad italiana de Gubbio. El animal salvaje a menudo atacaba al ganado de la aldea e incluso amenazaba la vida de varias personas. Temiendo por la seguridad de sus hijos, el pueblo de la ciudad decidió dirigir una velada de caza para matar al lobo. San Francisco les imploró que lo reconsideraran recordándoles que el lobo sólo hacía lo que era natural como una de las criaturas de Dios. El pueblo no estaba convencido. Francisco les pidió que le dieran la oportunidad de hablar con el lobo para domarlo. Si no podía hacerlo, entonces los aldeanos podrían matar a la bestia. Francisco fue al borde del bosque donde vivía el canino. El animal lo atacó ferozmente. San Francisco hizo tranquilamente la señal de la cruz en el aire hacia el lobo y gritó: “¡Hermano lobo!” El animal se detuvo y caminó hacia el humilde fraile, dulce como un cordero. A partir de ese día, los aldeanos protegieron al animal como una mascota doméstica. Hay una estatua del lobo en Gubbio hasta el día de hoy. Este es solo uno de los muchos relatos fascinantes que se puede leer en las Florecillas de San Francisco. También hay varias historias inspiradoras sobre las prácticas espirituales personales de Francisco.

San Francisco ha sido fuente de inspiración en todos los campos del arte del mundo cristiano. Reproduzco a continuación tres imágenes que muestran esto; en la arquitectura —la iglesia de la Porciúncula en Bogotá; en la pintura —lienzo del pintor español José de Ribera; en la escultura —San Francisco y el lobo —en un amplio espacio al lado de la Porciúncula de Bogotá.



Este relato de San Francisco y el lobo de Gubbio fue también motivo de inspiración para el gran poeta nicaragüense Rubén Darío. Con su poema “Los Motivos del Lobo” terminamos esta charla sobre “el pobrecillo de Asís”.

## LOS MOTIVOS DEL LOBO

Rubén Darío

El varón que tiene corazón de lis,  
alma de querube, lengua celestial,  
el mínimo y dulce Francisco de Asís,  
está con un rudo y torvo animal,  
bestia temerosa, de sangre y de robo,  
las fauces de furia, los ojos de mal:  
el lobo de Gubbia, el terrible lobo,  
rabioso, ha assolado los alrededores;  
cruel ha deshecho todos los rebaños;  
devoró corderos, devoró pastores,  
y son incontables sus muertes y daños.  
Fuertes cazadores armados de hierros  
fueron destrozados. Los duros colmillos  
dieron cuenta de los más bravos perros,  
como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió: al lobo buscó en su madriguera.

Cerca de la cueva encontró a la fiera  
enorme, que al verle se lanzó feroz  
contra él. Francisco, con su dulce voz,  
alzando la mano, al lobo furioso dijo:  
¡Paz, hermano lobo! El animal  
contempló al varón de tosco sayal;  
dejó su aire arisco,  
cerró las abiertas fauces agresivas,  
y dijo: ¡Está bien, hermano Francisco!



¡Cómo! exclamó el santo ¿Es ley que tú vivas  
de horror y de muerte?

¿La sangre que vierte  
tu hocico diabólico, el duelo y espanto  
que esparces, el llanto  
de los campesinos, el grito, el dolor  
de tanta criatura de Nuestro Señor,  
no han de contener tu encono infernal?

¿Vienes del infierno?  
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno  
Luzbel o Belial?

Y el gran lobo, humilde: ¡Es duro el invierno,  
y es horrible el hambre! En el bosque helado  
no hallé qué comer; y busqué el ganado,  
y en veces comí ganado y pastor.  
¿La sangre? Yo vi más de un cazador  
sobre su caballo, llevando el azor  
al puño; o correr tras el jabalí,  
el oso o el ciervo; y a más de uno vi  
manchase de sangre, herir, torturar,  
de las roncadas trompas al sordo clamor,  
a los animales de Nuestro Señor.  
Y no era por hambre, que iban a cazar.

Francisco responde: En el hombre existe  
mala levadura.

Cuando nace viene con pecado. Es triste.  
Mas el alma simple de la bestia es pura.  
Tú vas a tener desde hoy qué comer.  
Dejarás en paz  
rebaños y gente en este país.  
¡Que Dios melifique tu ser montaraz!

Está bien, hermano Francisco de Asís.

Ante el Señor, que todo ata y desata,  
en fe de promesa tiéndeme la pata.  
El lobo tendió la pata al hermano  
de Asís, que a su vez le alargó la mano.

Fueron a la aldea. La gente veía  
y lo que miraba casi no creía.  
Tras el religioso iba el lobo fiero,  
y, baja la testa, quieto le seguía  
como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza  
y allí predicó.  
Y dijo: He aquí una amable caza.  
El hermano lobo se viene conmigo;  
me juró no ser ya vuestro enemigo,  
y no repetir su ataque sangriento.  
Vosotros, en cambio, daréis su alimento  
a la pobre bestia de Dios. ¡Así sea!,  
contestó la gente toda de la aldea.  
Y luego, en señal de contentamiento,  
movió testa y cola el buen animal,  
y entró con Francisco de Asís al convento.

\*

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo  
en el santo asilo.  
Sus bastas orejas los salmos oían  
y los claros ojos se le humedecían.  
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos  
cuando a la cocina iba con los legos.  
Y cuando Francisco su oración hacía,  
el lobo las pobres sandalias lamía.  
Salía a la calle,  
iba por el monte, descendía al valle,  
entraba en las casas y le daban algo  
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.

Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo  
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,  
desapareció, tornó a la montaña,  
y recomenzaron su aullido y su saña.  
Otra vez sintióse el temor, la alarma,  
entre los vecinos y entre los pastores;  
colmaba el espanto los alrededores,  
de nada servían el valor y el arma,  
pues la bestia fiera  
no dio treguas a su furor jamás,  
como si tuviera  
fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,  
todos lo buscaron con quejas y llanto,  
y con mil querellas dieron testimonio  
de lo que sufrían y perdían tanto  
por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.  
Se fue a la montaña

a buscar al falso lobo carnicero.  
Y junto a su cueva halló a la alimaña.  
En nombre del Padre del sacro universo,  
conjúrote, dijo, ¡oh lobo perverso!,  
a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?  
Contesta. Te escucho.  
Como en sorda lucha, habló el animal,  
la boca espumosa y el ojo fatal:  
Hermano Francisco, no te acerques mucho...  
Yo estaba tranquilo allá en el convento;  
al pueblo salía,  
y si algo me daban estaba contento  
y manso comía.  
Mas empecé a ver que en todas las casas  
estaban la Envidia, la Saña, la Ira,  
y en todos los rostros ardían las brasas  
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.  
Hermanos a hermanos hacían la guerra,  
perdían los débiles, ganaban los malos,  
hembra y macho eran como perro y perra,  
y un buen día todos me dieron de palos.  
Me vieron humilde, lamía las manos  
y los pies. Seguía tus sagradas leyes,  
todas las criaturas eran mis hermanos:  
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,  
hermanas estrellas y hermanos gusanos.  
Y así, me apalearon y me echaron fuera.  
Y su risa fue como un agua hirviente,  
y entre mis entrañas revivió la fiera,  
y me sentí lobo malo de repente;  
mas siempre mejor que esa mala gente.  
y recomencé a luchar aquí,  
a me defender y a me alimentar.  
Como el oso hace, como el jabalí,  
que para vivir tienen que matar.  
Déjame en el monte, déjame en el risco,  
déjame existir en mi libertad,  
vete a tu convento, hermano Francisco,  
sigue tu camino y tu santidad.

El santo de Asís no le dijo nada.  
Le miró con una profunda mirada,  
y partió con lágrimas y con desconsuelos,  
y habló al Dios eterno con su corazón.  
El viento del bosque llevó su oración,  
que era: *Padre nuestro, que estás en los cielos...*

